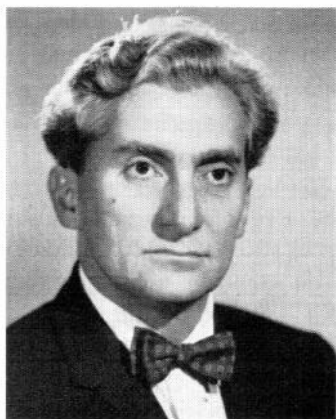


In Memoriam

SANTIAGO RENJIFO SALCEDO

UNA SEMBLANZA

Por *Abraham Horwitz*



En Santiago Renjifo dominó un “sentido contagiosamente jocundo de la vida”, como se dijo en uno de los numerosos escritos con motivo de su muerte tan trágica como inesperada el 29 de diciembre pasado. Todo en él fue optimismo, imágenes gratas de los hombres y sus circunstancias, una tendencia espontánea a considerarlos genuinamente como sus iguales y servirlos con pasión. Hombre sin recodos ni dobleces, su afán por enriquecer su cultura—y con ello su espíritu—estaba guiado esencialmente al bien común. Lo estimularon constantemente el sufrimiento de los demás, las desigualdades injustificadas y un amor puro por los seres humanos sin distingos.

Reflejo claro de su constitución anímica es el hecho de haberse dedicado a la medicina preventiva desde su graduación, en una época en que el ejercicio de la clínica era fuente segura de beneficios materiales a más de profundas satisfacciones. Dotado de permanente curiosidad intelectual, de duda sobre el significado aparente de los hechos

con respecto a la realidad—una verdadera antítesis del dogmatismo—, de una imaginación creadora, se dedicó de lleno a la investigación en busca del conocimiento de la dinámica de las enfermedades transmisibles. Testimonio de este esfuerzo son la organización del Instituto de Enfermedades Tropicales Roberto Franco en Villavicencio y la serie de trabajos científicos sobre malaria, tripanosomiasis, fiebre amarilla, parasitología comparada, leishmaniasis y entomología. Perfeccionó sus conocimientos en salud en la Universidad de Johns Hopkins, con particular dedicación a la epidemiología, y en la Escuela de Medicina de la Universidad de Harvard, sobre entomología médica.

Para Santiago Renjifo la investigación desvinculada de la educación sólo conduce al aislamiento; la educación sin investigación, al estatismo. Son estas ideas las que llevó a la Facultad de Medicina de la Universidad del Valle, a cuya creación y desarrollo contribuyó en forma esencial. El Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública ha sido, gracias a su inspiración, modelo en su género desde que lo organizara en 1950. Más que el contenido y la estructura de la enseñanza, destaca el propósito de generar en los estudiantes un nuevo modo de pensar, una visión de la medicina en sus proyecciones simultáneas para cada ser humano y la sociedad, una fuerza dinámica en la que se armonizan la ciencia con el arte, la técnica con la generosidad, lo racional con lo espiritual. Para él la Universidad no debía ser una entidad al servicio o dependiente de una

sola idea o doctrina, o corriente de pensamiento, u organización pública o privada. Por el contrario, la quería en permanente análisis de los valores tradicionales y actuales así como de las enfermedades de la sociedad en busca de soluciones que, sin afectar a los rasgos distintivos de cada cultura, pudieran ser puestas en práctica por los Gobiernos, instituciones y personas. En síntesis, él quiso una Universidad que fuera el foco intelectual de cada país, el verdadero líder de las decisiones relativas a las cuestiones que afectan la vida en sociedad.

Posiblemente esta misma inquietud espiritual lo llevó a la vida internacional. Como asesor de Educación para el Africa y como Representante en el Brasil de la OMS y de la OPS pudo estimular o consolidar programas de salud relacionados con problemas de alta frecuencia e importancia económica y social. Creó con los Gobiernos el orden de relaciones que correspondía a la importancia de su cometido y que reflejaba su rica personalidad espiritual. Porque para Santiago Renjifo la amistad era el fundamento de toda gestión. Para él las palabras tuvieron siem-

pre un solo significado y las actitudes una clara intención.

Llamado a servir a su país desde el Ministerio de Salud realizó en lapso breve una modernización en conceptos y en métodos, le dio un impulso sostenido al programa de erradicación de la malaria y, como era de esperar, a la formación de técnicos desde la Escuela de Salud Pública. Dio muestras, en medio del ardor del debate político, de esa curiosa mezcla de escepticismo, a ratos irónico, y de bondad ingénita, a la vez que de una vibrante inteligencia.

Más que su obra, son trascendentes sus ideas. Había logrado una imagen de la salud del hombre total en el contexto de sociedades en permanente evolución. La comprendía en toda su amplitud y profundidad, de la biología molecular a la biología social. En plena madurez contaba con las posibilidades y las condiciones para realizar los ideales que lo inspiraron permanentemente. Con razón se ha dicho de él: “. . . tenía anteriormente una armonía edénica que la muerte ha venido a pulverizar porque él mantenía un compromiso inflexible con la vida.”